

El fracaso de la educación en México

Celis Colín, Guillermo

2015-03-12

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/551>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

EL FRACASO DE LA EDUCACIÓN EN MÉXICO

Guillermo Celis Colín *

Introducción

A raíz de las encuestas realizadas por organizaciones internacionales de educación, de nuevo ha quedado de manifiesto el bajo nivel educativo en nuestro país. Rápidamente aparecen las ineficaces reacciones del gobierno “del cambio”, que reacciona pronto al problema educativo, pero de manera equivocada.

Durante su campaña, el presidente Fox ofreció una reforma educativa integral y, ante una situación mediática, presenta una solución que no es sino más de lo mismo; y si apostamos al cambio, manteniendo el mismo “liderazgo” educativo que nos ha llevado a la situación tan precaria en que nos encontramos, no podía ser de otra manera.

El sistema educativo mexicano ha fracasado desde la Conquista y todo parece indicar que este sexenio no será la excepción, porque la aristocracia educativa mexicana se ha ocupado más en mantener su condición de “nobleza” que en analizar las verdaderas raíces del problema, los verdaderos objetivos de un proceso educativo y las maneras de dirigirnos hacia una educación real. Como si todo respondiese a una intencionalidad, en la que rige el principio de que gobernar a un

* Profesor e investigador del Departamento de Ingeniería Civil, UA Ciudad de México.

pueblo inculto es mucho más sencillo que proporcionarle la preparación necesaria para que sus ciudadanos puedan visualizar, con objetividad y racionalidad, los errores de sus gobernantes.

Nuevamente se ha evadido el análisis profundo de una problemática multifactorial, a cambio de una “solución” administrativa, que puede tranquilizar, al menos por el resto del sexenio, a un pueblo inculto y a la aristocracia educativa mexicana, dando, al que no conoce el medio, una solución acorde a los principios obsoletos que durante muchos años ha pregonado dicha aristocracia.

Pero, ¿cuáles son los factores que están en juego en un análisis profundo de la problemática educativa mexicana, que nuevamente han quedado “fuera de la jugada?”

Tres principios

Para proceder a un análisis crítico del problema, me permito plantear tres principios fundamentales, desde cuya perspectiva es posible visualizar fácilmente las trampas de nuestro sistema educativo.

1. El que aprende es el alumno

Como dice Rugarcía (2001), el conocimiento surge de un sujeto concreto, por medio del juicio correspondiente, o para fines de su propia existencia, no existe. La educación consiste en desarrollar en el alumno, un método interno, intencional y consciente. El docente es el que hace que sus alumnos aprendan, afirma Moreno (2002), y no el erudito que vomita información, ordenadamente, en un salón de clase.

Lo anterior implica que el verdadero asunto de la educación, en cualquier país del mundo, se centra en aquello que hace el profesor, para que el alumno sea capaz de desarrollar un método propio para obtener información, entenderla, juzgarla y hacer suyo un aprendizaje.

A su vez, implica que la entrega u obtención de información es sólo el primer paso del aprendizaje, pero que únicamente, hasta que el estudiante entiende dicha información, la juzga y hace suyo el resultado de su juicio, es cuando la información se convierte en conocimiento. Como dice Moreno (1983), el aprendizaje significativo es una asimilación e integración a mí mismo de lo que aprendo, en contraposición

a la mera acumulación de conocimientos o información sin ninguna conexión conmigo.

Y además implica que lo más importante de un docente no son sus conocimientos en la materia que imparte, sino otro tipo de habilidades más relacionadas con la manera en que aprende el ser humano, los tipos de educandos que existen (en particular los del grupo al que pretende ayudar a aprender), sus características y las diversas maneras de encauzarlos eficazmente a su propio aprendizaje.

Pero más importante aún es una actitud, resultante de la expresión de un valor: el de transformar el objetivo de enseñar por un nuevo propósito fundamental y único, que es el hacer lo mejor posible para lograr que sus alumnos aprendan, en un ambiente educativo, respetuoso y justo.

2. El aprendizaje se incrementa con el interés

Un conocimiento se capta y entiende mejor cuando se conecta con la realidad o la historia del sujeto (Rugarcía, 2003).

Según Moreno (1983), en la educación existen factores importantes que influyen sobre la asimilación e integración de lo que se aprende, tales como los contenidos que hay que aprender, las necesidades actuales y los problemas de diversa índole que la persona está confrontando y viviendo como importantes para ella; y el medio ambiente en el que se da el aprendizaje.

En síntesis, el aprendizaje se facilita y acelera cuando los temas que se estudian surgen de un interés profesional o personal del estudiante o mantienen una relación con sus vivencias personales.

3. El aprendizaje eficaz es un proceso inductivo, no deductivo

El experto en educación es una persona, ya que ha construido una estructura clasificada de conceptos y principios. Así, trata de “facilitar” el aprendizaje de los estudiantes, planteándoles tal estructura y suponiendo que esa visión permitirá que cada información nueva sea más fácilmente asimilable, al ubicarse en la estructura general. La intención es buena, pero el concepto es falso.

Diversas investigaciones han demostrado que dicha estructura limita la creatividad de los educandos.

Torrance (1976) encontró que la edad en que los niños muestran

más imaginación es entre los 4 y 4.5 años y decrece significativamente a los 5 años, cuando entran al *kinder*, continuando ese descenso a lo largo de sus estudios.

Prince (1970) concluye que desde los 8 o 9 años se inicia el pensamiento lógico y gradualmente el entrenamiento analítico restringe la creatividad y nos volvemos demasiado lógicos: los recursos emocionales e imaginativos se devalúan con la educación. Encontró que a los 5 años, 90 % de los niños son muy creativos; a los 10 años, 10 % y después de los 40, sólo 2 %.

Osborn (1953) apunta que inexplicablemente los graduados universitarios deberían puntuar más alto en aptitudes creativas que los que no llegaron a la universidad, pero que no resulta ser así. Y nos remite a Guilford, quien dice que no hay problema mientras a los universitarios se les asignen tareas en las que muestren sus habilidades para usar las técnicas que han aprendido, pero se vuelven incapaces cuando se les pide resolver problemas que requieren nuevos patrones.

De Bono (1994) lo explica claramente: El cerebro está diseñado para formar patrones a partir de los datos del mundo exterior y ceñirse a ellos. Un patrón es un arreglo de información en la memoria, una secuencia repetible, reconocible y utilizable de actividad neuronal, que puede incluir palabras, clasificaciones, conceptos e ideas, pensamientos e imágenes. En cada situación existe una idea dominante y/o factores cruciales que siempre se incluyen, independientemente de cómo se visualice la situación. Mientras no se identifiquen y eliminen estos mecanismos, las alternativas a considerar seguirán dominadas por ellos, dificultando la generación de patrones y modos alternos de visualizar una situación.

Esta es, claramente, la función de las estructuras diseñadas por los "expertos" y la presentación y memorización de los principios y conceptos "inamovibles". De acuerdo con la nomenclatura de De Bono, se convierten en patrones, ideas dominantes y/o factores cruciales que, además de limitar la visualización de modos alternos, han sido impuestos desde el exterior, sin que el estudiante los haya hecho propios.

Hay que retomar la manera natural en la que se ha desarrollado el conocimiento humano y en la que surgen los actos creativos. En la mayoría de los casos, se trata de un proceso inductivo, es decir, lo pri-

mero que aparece es el problema y, a partir del interés por resolverlo, empiezan a surgir ideas que progresivamente se van fundamentando en conocimientos que pueden ayudar a su solución. El punto de llegada, y no de salida, es la construcción de una estructura de conocimientos, conceptos y principios, que el estudiante fue internalizando a lo largo de su desarrollo y que fueron siendo útiles en su momento, para la solución de los obstáculos que se le iban presentando.

Análisis crítico

Con base en los principios enunciados, procederemos al análisis de dos niveles educativos: el que abarca desde la primaria hasta la preparatoria (preuniversitario) y el nivel universitario, incluyendo los niveles de licenciatura y posgrado.

Educación preuniversitaria

En este nivel, nos centraremos en la educación primaria, considerando que la secundaria y preparatoria no son sino una continuación y un mantenimiento del sistema que, a partir de un insumo establecido, pretenden constituir una liga que permita al estudiante acceder a la educación universitaria, con el mayor éxito posible.

Los maestros son necesariamente maestros normalistas, lo que constituye, desde luego, un monopolio y una poderosa fuerza sindical. Resulta que la formación de quienes educan en lo fundamental a todos los niños mexicanos recae en una sola institución, que es la Escuela Normal de Maestros.

Ello implica, por una parte, que si dicha Escuela está equivocada en alguno de sus principios, no hay poder humano que lo corrija y por otra parte, que el Sindicato de Trabajadores de la Educación tiene un poder prácticamente ilimitado, pues en sus manos está la educación de nuestra niñez.

Obviamente, las plazas de maestro de primaria se han convertido en puestos políticos que, entre otras cosas, han llevado a profesores como Carlos Hank González o Elba Esther Gordillo a las altas esferas de nuestra política nacional.

Peró por otra parte, ante la enorme competencia que provoca el

hecho de que la Normal produce más profesores de los necesarios, el profesor de primaria se ve obligado a generar una estrategia de permanencia en el puesto, relacionada con la asistencia en los horarios establecidos, la concurrencia a las juntas de profesores, los elevados porcentajes aprobatorios de sus alumnos, las relaciones con el director de la escuela y el cumplimiento de los programas de estudio establecidos. El aprendizaje de sus alumnos ¿a alguien le importa?

Entonces, nuestro gobierno instrumenta un Instituto de Evaluación, que revisa si los maestros son capaces de memorizar un conjunto de información acerca del tema que enseñan, sin cuestionar los programas de estudio de la Escuela Normal Superior. Pero hay más, ni siquiera estamos seguros de que los maestros transmitan a sus alumnos los conocimientos que supuestamente tienen o si el hecho de que un profesor les diga lo que sabe implica que ellos lo aprendan o siquiera lo entiendan. Todo un atentado al primer principio, sustituyéndolo por la gran falacia: si el profesor posee información, sus alumnos aprenden o, como dice Moreno (2002), el exceso de información acaba con el conocimiento.

Sin embargo, esto parece insignificante, cuando desde la visión del segundo y tercer principios, consideramos los programas de estudio. Nuestros “expertos” educativos han decidido, a través de los libros de texto gratuitos, que el aprendizaje debe seguir un orden deductivo: de lo general a lo particular y/o cronológico, es decir, en orden de aparición.

Así, la historia debe aprenderse a partir de la llegada de los primeros pobladores de América, para finalmente llegar a nuestros días, la biología debe partir de una clasificación de los seres vivos, la química debe fundamentarse en la tabla periódica de los elementos, y el español requiere el conocimiento de las reglas gramaticales fundamentales, aunque el niño no entienda ni lo que lee.

¿Ya se nos olvidó nuestro propio proceso de aprendizaje? ¿Somos incapaces de recordar que lo que verdaderamente aprendimos no fue de memoria, sino haciendo relaciones a partir de nuestra experiencia personal?

Resulta que cuando estamos en pleno proceso de elecciones en México y los adultos no hablan de otra cosa que Fox, Labastida y Cárdenas, el estudiante de primaria debe grabar en disco duro y llegar a

casa con la “noticia” del nombre del primer emperador azteca o del último virrey de la Nueva España. ¿Es ése un aprendizaje significativo?

O, cuando un niño trata de leer aquello que le fue asignado para hacer su tarea, no entiende el significado de algunas palabras o de ciertas frases, pero debe distinguir entre el sujeto, el predicado y los verbos que conforman la oración analizada. ¿Es ése un aprendizaje significativo?

O, cuando su cuerpo está presentando cambios rápidos y constantes, propios de la edad y tiene un alto interés en entender lo que le pasa y, en vez de ello, lo obligamos a aprenderse la clasificación de los invertebrados o de las fanerógamas. ¿Es ése un aprendizaje significativo?

No, en realidad se trata de un conjunto de datos que “los expertos” han considerado que deben formar parte del disco duro de cualquier niño culto mexicano, aunque en realidad, el alumno sólo lo conserve en una memoria que utilizará, en el mejor de los casos, para aprobar el examen correspondiente y olvidará pocos días después. Entonces, nuestro “eficiente” sistema educativo se lo recordará nuevamente en secundaria, en preparatoria y, dependiendo de la carrera, eventualmente, en licenciatura.

De verdad, ¿sería muy complicado invertir el orden de las cosas y empezar por aquellos conocimientos que realmente le interesan al niño? ¿Es tan difícil pensar que los niños sólo son niños, pero no incapaces y que integrarán mejor sus conocimientos si partimos de sus experiencias significativas y que ellos podrán re-ordenar en el tiempo y en nuestros esquemas clasificatorios, igual que nosotros lo hicimos, a pesar del sistema educativo que nos impusieron?, ¿por qué tanta soberbia?

Pero ahora, pongámonos en los zapatos de ese niño, al que, en vez de responder sus preguntas vitales, le imponemos un sistema computacional de “guardar como” y simultáneamente le queremos hacer ver y sentir que eso es lo más importante en la vida.

¿Dónde quedan sus inquietudes intelectuales?, ¿qué hacemos con su emotividad, con su creatividad? Nada importa, el único soberano es el disco duro: la información es la dictadora y el resto de la vida está supeditada a sus órdenes infalibles.

¡Lo hemos logrado! Como dice Rugarcía (2001), la enseñanza impera en la educación, prácticamente indiferente al aprendizaje del alumno.

Educación universitaria

En este nivel, los maestros, aunque no normalistas, deben cumplir con los estándares de la dirección: hay que probar un porcentaje de asistencia, hay que cubrir un programa específico, hay que mantener una buena relación con la dirección, pero además, hay que ser bien evaluado por los alumnos y ello, generalmente implica no ser muy estrictos.

El profesor universitario pretende conservar su plaza, por necesidad, por vocación, por prestigio o por narcisismo; y así va adaptándose a los requerimientos institucionales, aun antes de que los administradores universitarios terminen de diseñarlos e instrumentarlos.

Así, cuando se les exige *checar* tarjeta, limitan su entusiasmo en el salón de clase a brindar el mínimo indispensable, repitiendo los contenidos básicos del programa y cumpliéndolo, basándose en exposiciones de los alumnos. Las buenas relaciones con la dirección se satisfacen alabándola, aunque estén convencidos de sus errores y las evaluaciones que los alumnos hacen de ellos son manipuladas mediante la baja exigencia y las altas calificaciones.

¿Cuál es el precio? El incumplimiento masivo del primer principio, el mínimo esfuerzo, la laxitud y con ello, la pobreza en el aprendizaje, a pesar de la acumulación de créditos para integrar una historia académica llena de vacíos y lagunas.

Pero a fin de cuentas, ¿qué importa? Si hay menos profesionales capaces en la disciplina, el profesor tendrá más oportunidades de empleo.

Y por otro lado, a la institución, además del porcentaje de asistencia y la evaluación de los estudiantes, lo que realmente le importa es si tiene un número suficiente de alumnos y si el profesor cuenta con un doctorado o pertenece al SNI, pues nuestro sistema educativo con tales instrumentos evalúa a las instituciones. Si los alumnos aprendieron, ¿a alguien le importa? Si son capaces de ejercer su profesión responsable y eficientemente, ¿a quién le importa?

Y de pronto, queremos elevar el nivel educativo de nuestro país y decidimos hacerlo midiendo y elevando el nivel de conocimientos de nuestros profesores y procurando que estudien maestrías y doctorados, cuando sabemos que el aprendizaje de un alumno no depende del nivel académico de sus profesores.

Pero claro, la aristocracia educativa de México ha pregonado duran-

te muchos años que lo importante es que nuestros profesores cuenten con un doctorado, aunque maten del tedio a sus alumnos; y ahora, nadie va a dar marcha atrás, a pesar de que en países como los Estados Unidos, ha quedado plenamente demostrada la falsedad de tal principio (Astin, 1993).

Además, es más fácil contabilizar el número de doctores de una institución que penetrar en la problemática particular de cada salón de clase y en la vida personal de los alumnos.

Y nuevamente observamos la fatídica confusión entre formación e información, en la que nuestro sistema educativo siempre se inclina por la segunda como la palanca que mueve el nivel educativo; tan es así, que ahora las instituciones de educación superior se disputan el liderazgo de la llamada “educación a distancia”, que no es otra cosa que la difusión electrónica de información, con fines lucrativos, a costa del alumno incauto que cree que por tener la información impresa en sus archivos se ha vuelto más capaz, más preparado y más creativo.

En los planes de estudio universitarios encontramos la misma ruptura del segundo y tercer principios que en los preuniversitarios, pero en otra dimensión, porque se ha restringido el área de conocimientos, sin embargo, se mantiene constante la idea de plantear al inicio de cada licenciatura, una serie de principios básicos en los que se fundamenta la disciplina en cuestión, para después entrar a las aplicaciones de dichos conceptos al ejercicio de la profesión.

Con ello, logramos aprisionar la creatividad del alumno, para luego sorprendernos al descubrir que todos nuestros esfuerzos en la formación de investigadores conducen a resultados paupérrimos (Celis, 1998). ¿De verdad todavía alguien sigue creyendo que los cursos de metodología de la investigación pueden resolver esa mutilación primaria a la que estuvo sujeto el alumno desde que inició sus estudios?

Pero claro, los “expertos” han decidido que se aprende de lo general a lo particular, desatendiendo el segundo principio y, por otra parte, si el profesor lleva años manejando tales conceptos y viviendo de su manipulación, ¿para qué hacer el esfuerzo de explorar las ideas de alumnos inexpertos, que sólo quitan el tiempo con ideas descabelladas?

Los alumnos llegan a la universidad con la esperanza de que al fin terminaron aquellos cursos memoristas y rígidos, en los que había que

cumplir una serie de requisitos absurdos que les permitieran acreditar las materias de relleno para, finalmente, algún día, estudiar su licenciatura.

Pero lo que encuentran es que las ataduras de la “ciencia” constituyen un calabozo más oscuro que el preuniversitario; entonces, una vez desmoralizados, se dedican a guardar la mayor cantidad de información posible, con la esperanza de que en ese archivo, algún día encontrarán la receta mágica que resuelva sus problemas profesionales.

Y claro, aunque pocos, existen alumnos que consiguen sobrevivir a esta experiencia educativa y logran integrar unos cuantos conocimientos y habilidades para ejercer su profesión de una manera relativamente exitosa. De hecho, algunos de ellos sienten la vocación docente y así inicia el siguiente ciclo de la venganza inconsciente, en el que se da por un hecho que el aprendizaje es una lucha difícil que debe afrontar cada alumno y que por haber superado tal etapa deben demostrar que son capaces de manejar el conocimiento deductivo, planteando primero los esquemas generales y los conceptos básicos, antes de entrar a las aplicaciones concretas.

El problema básico sigue siendo que se parte de que lo importante es enseñar y no que los alumnos aprendan. Se considera buen profesor al que domina los contenidos, es culto, exigente y puntual (García y Rugarcía, 1985). El ciclo vuelve a iniciarse, sin que nadie meta las narices en el fondo del problema.

A manera de síntesis

Como podemos observar, se trata de un problema de excesivo control. En la educación preuniversitaria la Secretaría de Educación Pública controla, a través de la Escuela Normal Superior, la formación y contratación de los maestros y a través del Libro de Texto Gratuito, los programas de estudio. Con estas pinzas como herramienta controlan que millones de niños y jóvenes mexicanos, durante 12 años de su vida, se ocupen en archivar información poco útil en sus discos duros, en vez de estar verdaderamente formándose para los retos individuales y sociales.

En la educación universitaria, la misma Secretaría de Educación

Pública, el CONACYT, la UNAM y la ANUIES, dictan un conjunto de normas de excelencia académica que poco tienen que ver con la educación de los alumnos universitarios, pero controlan a las instituciones para que: a) mantengan profesores que no exijan demasiado a sus alumnos, y así reducir los índices de deserción y elevar la eficiencia terminal; b) permanezcan sus profesores estudiando posgrados y alcancen los indicadores de excelencia en cuanto a número de doctores y de SNI, en vez de abocarse al aprendizaje de sus alumnos; y c) mantengan ocupados a millones de jóvenes que, de otra manera se convertirían en una carga social excesiva.

Y para resolver el problema, se genera un Instituto de Evaluación, es decir, otro organismo controlador, que controle a los controladores anteriores. ¿Por qué tanto narcisismo? ¿Por qué pensar que sólo controlando podemos progresar? Pensamos que porque tenemos un pueblo poco preparado también es poco inteligente, sin preguntarnos de dónde sale tanta capacidad para generar las redes mexicanas de narcotráfico tan eficientes o las bandas de secuestradores y de asaltantes que logran pingües utilidades de sus fechorías.

No, el pueblo mexicano no es incapaz, sólo está poco preparado porque hemos diseñado un sistema que no puede llevarnos a otro desenlace. Estamos muy satisfechos con su control y para corregir el fracaso, aplicamos la regla de “más control”.

¿Cuándo vamos a aprender a confiar en los demás y a permitir que los verdaderos profesores se hagan cargo de la educación de sus alumnos, dejando flotar a la educación en el mercado libre? ¿No es eso lo que hacemos con otros productos y servicios y nos jactamos de ello?

Sólo cuando se cambie el control por la verdadera libertad aflorarán los verdaderos expertos en educación y podremos aspirar a que los mexicanos del mañana cuenten con una educación sólida, capaz de hacer mejor a nuestro país.

Referencias bibliográficas

- ASTIN, Alexander W. (1993), *What Matters in College?*, Jossey-Bass.
CELIS C., Guillermo (1998), *La formación de investigadores en Méxi-*

- co, Ciencia y Desarrollo. Volumen XXIV, núm. 140, mayo/junio.
- DE BONO, Edward (1994), *El pensamiento creativo: el poder del pensamiento lateral para la creación de nuevas ideas*, Paidós, México.
- GARCÍA GARDUÑO, José Ma. y RUGARCÍA TORRES (1985), Armando, *Perfil del profesor motivante y el desmotivante, en las carreras de ingeniería*, DIDAC, núm. 7, otoño.
- MORENO LÓPEZ, Salvador (1983), *Métodos y objetivos en el contexto del proceso enseñanza-aprendizaje*, DIDAC.
- MORENO PECERO, Gabriel (2002), “Los nuevos ingenieros civiles. Problemática y desafíos”, *Ingeniería civil*, núm. 403, Año XIV, noviembre.
- OSBORN, Alex F. (1953), *Applied Imagination*, Charles Scribner’s Sons, New York.
- PRINCE, George M. (1970), *The Practice of Creativity*, Collier Books, New York.
- RUGARCÍA TORRES, Armando (2001), “Principios metodológicos para educar”, *Magistralis*, enero-junio, pp. 9-38, México, UIA Puebla.
- _____ (2003), *El conocimiento moral*.
- TORRANCE E., PAUL (1976), *Guiding Creative Talent*, Robert E. Krieger Publishing Company, New York.